

Profanación de los lugares sagrados en que incurre el ejército de Filipo en Termo. — Consideraciones sobre estos sucesos.

No hay hasta este momento algo que desdiga de la justicia y de las leyes de la guerra; mas lo que se sigue no sé cómo calificarlo. Los macedonios, recordándose de los excesos que los etolios habían cometido en Dío y Dodona, prendieron fuego a los pórticos del templo, hicieron pedazos los donativos restantes, entre los cuales existían algunos de una hechura costosa, de exquisito gusto y de mucho valor. No se contentaron únicamente con quemar los techos, echaron también por tierra el edificio, derribaron pocas menos de dos mil estatuas e hicieron pedazos las más, a excepción de las que tenían alguna inscripción o imagen de los dioses, que de éstas se abstuvieron. Se escribió sobre las paredes aquel célebre verso, obra del ingenio que empezaba ya a descubrirse en Samos, hijo de Crisógono, y educado con el rey. Dice así:

*Repara en Dío,
y verás de dónde el rayo se fulmina.*

Aun al rey mismo y a sus amigos asombraba tal estrago; bien que creían que obraban con justicia, y vengaban con castigo igual la crueldad cometida en Dío por los etolios. Mas yo opino de diverso modo, y si mi juicio es recto o no, está a la vista. No me valdré de otros ejemplos que los de la misma casa real de Macedonia. Antígono, después de haber vencido en batalla ordenada, y haber hecho huir a Cleómenes rey de Lacedemonia, se apoderó de Esparta; y aunque en absoluto pudo disponer de esta ciudad y de sus moradores a su antojo, distó tanto de tratar con rigor a los que había sojuzgado, que al contrario les restituyó su antiguo gobierno, les concedió la libertad y no regresó a su corte hasta que hubo derramado las mayores gracias en general y en particular sobre los lacedemonios. De este modo, pasó no sólo entonces por bienhechor, sino después de muerto por libertador, y adquirió, tanto entre los lacedemonios como en toda Grecia, una estimación y gloria inmortal con estas acciones.

Aquel Filipo que primero ensanchó los límites de su imperio, y que fue el fundamento del esplendor de la casa real de Macedonia, vencidos los atenienses en Queronea, no lo logró tanto por sus armas, cuanto por la equidad y templanza de sus costumbres. La guerra y las armas le sujetaron y le hicieron señor únicamente de sus contrarios; mas la benignidad y moderación le conquistaron todos los atenienses y la misma Atenas. No dominaba la cólera a sus acciones, perseguía, sí, sus enemigos y émulos, hasta que se presentaba ocasión de manifestar su mansedumbre y beneficencia. Por eso remitió los prisioneros sin rescate, ofreció los últimos honores a los atenienses muertos, encomendó a Antípatro la traslación de sus huesos a Atenas, vistió la mayor parte de los que se salvaron y con esta política consiguió a poca costa la mayor conquista. Pues rindiendo su magnanimidad la altivez de los atenienses, de enemigos que eran, los convirtió en aliados los más sacrificados en su servicio. Y ¿qué diré de Alejandro? Irritado contra Tebas, hasta poner a sus moradores en pública subasta y arrasar la ciudad, sin embargo no se olvidó al tomarla del respeto debido a los dioses; por el contrario, puso el mayor

cuidado para que no se cometiese, aun por imprudencia, la más leve falta contra los templos y demás lugares sagrados. Asimismo, cuando pasó al Asia a vengar a los griegos de la crueldad de los persas, procuró obtener de los hombres un castigo condigno a sus excesos; pero se abstuvo de todo lo consagrado a los dioses, siendo así que contra los santuarios era contra quienes más se habían encruelidado los persas en Grecia. Estos ejemplos debiera Filipo haber grabado en su corazón eternamente, y preciarse, no tanto de ser heredero de tales personajes en el imperio, cuanto de ser su sucesor en las costumbres y grandeza de alma. Fue niño en el transcurso de toda su vida en ostentar que era pariente de Alejandro y de Filipo; mas hizo muy poco caso de ser su imitador en las virtudes. Por eso a proporción que su conducta fue opuesta a la de estos príncipes, fue también contraria la reputación que obtuvo entre los hombres, cuando ya grande.

Sirva de prueba, entre otras, lo que entonces hizo. A pesar de que la cólera le hacía incurrir en iguales excesos que a los etolios, y remediaba un mal con otro, jamás creyó que obraba con injusticia. Afeaba a cada paso la insolencia e impiedad de Escopas y Dorímaco, por los sacrilegios que habían cometido en Dodona y Dio; y él, autor de iguales excesos, no echaba de ver que se adquiría el mismo concepto entre los que le oían. Quitar y arruinar los castillos de nuestros enemigos, cegar sus puertos, tomar sus ciudades, matar su gente, apresar sus navíos, talar sus frutos y otras cosas semejantes, por donde se consiga debilitar las fuerzas del contrario, aumentar las nuestras y dar nuevo vigor a nuestros propósitos, éstas son leyes indispensables y permitidas por el derecho de la guerra; pero lo que no puede traer o acarrear ventaja a nuestros intereses, ni disminución a los de los contrarios cuanto a la guerra presente, esto es, por un exceso de venganza quemar templos, romper estatuas y profanar otros adornos semejantes, esto nadie negará que es efecto de una conducta depravada y de una cólera rabiosa. Los buenos reyes no hacen la guerra para ruina y exterminio de los que los han ofendido, sino para corrección y arrepentimiento de sus faltas; ni envuelven en el castigo indistintamente a delincuentes y no delincuentes, sino que conservan y entresacan a los inocentes de los culpados. Es propio de un tirano aborrecer y ser aborrecido de sus súbditos, y a fuerza de malos tratamientos exigir por el miedo un vasallaje forzado; pero un rey, derramándose en gracias para con todos, debe hacer que a costa de su munificencia y dulzura le tribute el pueblo un respeto y obediencia voluntaria. Se echará de ver mejor el yerro que cometió entonces Filipo, al considerar qué concepto hubiera merecido a los etolios si observando la conducta opuesta no hubiera quemado los pórticos, quebrado las estatuas ni profanado los demás ornamentos. Yo no dudo que le hubieran reputado por el rey mejor y más humano. Su conciencia les hubiera representado las profanaciones hechas en Dio y Dodona, y hubieran confesado que Filipo, aunque, como dueño de obrar a su antojo, los hubiera tratado con el máximo rigor, no había hecho más de lo que debía, atento a sus merecimientos; pero que por un efecto de su clemencia y magnanimidad no echó mano de semejantes medios.

De aquí se infiere que los etolios verosímelmente se hubieran condenado a sí mismos, y hubieran alabado y admirado en Filipo el ánimo regio y magnánimo con que había ostentado a un tiempo su respeto para con los dioses y su cólera para con ellos. Efectivamente, no es menos, antes es más ventajoso, vencer al enemigo con la generosidad y justicia, que con las armas en la mano. Éste se rinde por necesidad, aquél por inclinación. En el uno se consigue la corrección a mucha costa, en el otro se encuentra el arrepentimiento sin dispendio. Y lo princi-

pal, que en el vencimiento de aquél tienen la mayor parte los vasallos, y en el rendimiento de éste el príncipe por sí solo se lleva todo el lauro. Acaso pretenderá alguno no echar a Filipo toda la culpa de estas impiedades, atento a su tierna edad, sino que sus consejeros y confidentes, entre otros Arato y Demetrio de Faros, tuvieron la principal parte. Mas aun en este caso no será difícil descubrir, sin haberse hallado en el lance, de cuál de los dos pudo dimanar tal consejo. Prescindiendo del método de vida de Arato, en el que no se hallará resolución alguna temeraria ni inconsiderada, y en Demetrio muchas, tenemos pruebas incontestables del carácter de uno y otro en iguales casos, de que haremos la correspondiente memoria a tiempo oportuno.